

 Seix Barral

Manuel Puig

Cae la noche tropical

Prólogo de Tamara Tenenbaum





Seix Barral Biblioteca Breve

Manuel Puig

Cae la noche tropical

Prólogo de Tamara Tenenbaum

© Herederos de Manuel Puig, 1988
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com
© por el prólogo, Tamara Tenenbaum, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 1988, 2022
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-322-4100-0
Depósito legal: B. 14.062-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

—Qué tristeza da a esta hora, ¿por qué será?

—Es esa melancolía de la tarde que va oscureciendo, Nidia. Lo mejor es ponerse a hacer algo, y estar muy ocupada a esta hora. Ya después a la noche es otra cosa, se va esa sensación.

—Sobre todo si se puede dormir bien. Y así no se piensa en las cosas terribles que ocurrieron.

—Vos tenés esa suerte, no sabés lo que ayuda. Al no poder agarrar el sueño es cuando se me empieza a pasar todo lo más espantoso por la cabeza. Si no fuera por las dichas pastillas yo no podría haber aguantado todo este tiempo.

—No te quejes, Luci, que vos no tuviste una desgracia como la mía.

—Ya sé. Pero no me la he llevado de arriba tampoco, Nidia.

—Cuando murió mamá pasaba lo mismo, ¿te

acordás?, a esta hora volvía el recuerdo más fuerte que nunca.

—Acordarnos de ella nos acordábamos siempre, lo primero que yo pensaba cuando me despertaba era que mamá no estaba más. Lo que se sentía a esta hora, más que nunca, era la falta de ella. Pero en ese entonces con tanto que hacer no se pensaba como ahora, nada más que en cosas tristes. Con tantas obligaciones que teníamos, era eso.

—Preparar algo de comer.

—Y esa gran responsabilidad de los chicos. De sacarlos a flote, Nidia.

—Y que después pueda pasar algo así, que te arranquen lo que más querés.

—Los que son creyentes tienen ese consuelo. Pero una no se puede engañar, no hay manera. Es una gran cosa, esa fe. Realmente yo se la envidio al que la tiene.

—Sí, Luci. Yo también se la envidio.

—Esa gente ignorante tiene muchas ventajas, que puedan consolarse así. Una no puede engañarse, ve la vida como es.

—Cuando murió Pepe fue distinto, yo quedé como atontada. Y lloraba y lloraba, todo el día. Pero esta vez fue tan distinto.

—El marido es una cosa, una hija otra, Nidia. Tu hija. Qué cosas que pasan, tan terribles.

—Luci, no quiero estar adentro, salgamos a dar una vuelta.

—Imposible, se está por largar a llover.

—Luci, no me contaste de la de al lado, ¿por qué no habrá venido más?

—Será porque llegaste vos. Ella venía sobre todo para desahogarse, pero delante tuyo no se animará.

—Y es una persona joven, buscará más la compañía de su edad.

—¿Por qué decís eso? ¡No!, ella venía muy seguido, una se da cuenta cuando alguien viene con ganas o no. A mí al principio no me caía bien, después me fui acostumbrando. Porque es agradable, dentro de su modalidad, ¿a vos qué te pareció?

—Mirá, Luci, a mí me pareció rara, pero no mala. Aunque ella pone una distancia, ¿con vos es así también? A lo mejor es conmigo sola.

—Yo creo que con vos hubo choque porque no sabía que estabas, y venía a contarme sus cosas y cuando te vio no pudo.

—Y por eso no vino más, Luci. Con la que quiere hablar es con vos, para desahogarse un poco.

—Mirá, Nidia, lo que se había ilusionado esta mujer fue algo increíble, estaba convencida de que él también la quería.

—Pero no es una chica, ya debe saber lo que son esas cosas, ¿te confesó alguna vez la edad?

—No, pero por la edad del hijo y si ella estudió antes de casarse, y se recibió de lo que se recibió, no puede tener menos de unos cuarenta y cinco.

—Casi la edad de Emilsen.

—¿Cuántos hubiese cumplido en agosto?

-
- Cuarenta y ocho años, Luci.
- Qué infamia.
- Así es...
- Pero te queda tu hijo que te adora.
- Pobre Nene. Él es un pan de Dios, pero una hija es otra cosa, Luci. Vos no lo podés saber.
- Sos loca decirle Nene todavía, un hombre de cincuenta años.
- Me sale así. Siempre le dijimos Nene.
- Ya hay que prender la luz. Me dan tristeza las casas con luz mortecina, no sé si notaste que las casas de viejos solos tienen siempre poca luz. Por eso a mí me gusta tener todo bien iluminado. ¿Nunca te fijaste en eso?
- ¿Enciendo ésta también?
- Sí, que no parezca casa de viejos.
- ¿Y cómo fue que lo conoció al tipo?
- Ya te conté que ella había estado bastante enferma, ¿verdad?
- Sí, Luci, pero no me dijiste de qué, ¿fue de lo mismo que Emilsen?
- No...
- Creí que sí, no sé por qué me habré hecho de esa idea.
- No... Era otra cosa, Nidia.
- Pero me dijiste que se había llevado un susto muy grande.
- Sí, pero fue tomado a tiempo.
- Entonces era eso, un tumor.
- No... ¿cómo es que le dicen?, era una especie

de virus. Eso ella me lo explicó todo en portugués, repitiendo los términos de los médicos de acá.

—Ella mezcla mucho el portugués con el argentino, el castellano quiero decir. Yo mucho no le entendí.

—Es que lleva años en Río. Yo también cuando hablo con alguien que tiene tiempo acá voy mezclando muchas palabras de portugués, sin querer.

—¿Cuál era la enfermedad, entonces?

—Era... un virus. Y no podían dar en la tecla, los médicos, y por fin pudieron acertar y salió del paso en seguida. Y ahí en el sanatorio lo conoció a él.

—¿Él qué tenía?

—Era la mujer la que estaba internada. Ella falleció, pobrecita.

—¿De qué, Luci, de lo mismo que Emilsen?

—No, creo que tuvo un derrame, y duró mucho tiempo enferma, pero sabían que se iba a morir.

—Qué raro un derrame, en una persona joven.

—De eso ella no me quiso hablar mucho. Ella de lo que quiere hablar siempre es de él.

—¿Y él ya estaba mirando a otras mujeres, en semejantes momentos?

—No, parece que él es una persona buenísima, que no piensa más que en su hogar. Y se desvivió atendiendo a la mujer, todo ese tiempo que estuvo enferma.

—¿Y cómo fue entonces?

—Ella lo vio de pasada ahí en el sanatorio, pero

siempre muy así de pasada, por los corredores, cuando la llevaban a hacer alguna cura fuera de la pieza.

—¿Y tuvo ganas de fijarse en un hombre en esos momentos?

—Pero te estás anticipando, porque esta muchacha no es de fijarse mucho. Lo que le pasó es muy raro, Nidia.

—¿Por qué?

—Cuando lo vio a este hombre le pareció que estaba viendo a otro, no, quiero decir que se parecía muchísimo a otro que ella quiso mucho en su vida, muchos años atrás, y que no volvió a ver nunca más, y eso la impresionó muchísimo. Pero se creyó que tampoco nunca más lo iba a ver, a este del sanatorio.

—El del sanatorio no se parecía al exmarido de ella, por lo que me decís.

—No.

—Es de programas entonces, Luci.

—No, a mí me parece que no. Trabaja muchas horas, y estudia mucho. No está todo el tiempo pensando en correrle detrás a alguno, Nidia. No, eso no. Si fuera así no se lo hubiese tomado tan a la tremenda, a este que se le cruzó en el camino.

—Bueno, yo te decía porque ya son tres, el exmarido, este que conoció en el sanatorio, y el otro al que se parecía tanto.

—Por lo que me dejó entrever, desde que se

divorció tuvo ese gran entusiasmo por el tipo de México y ahora por el de acá, nada más.

—Claro, como son un argentino, un mexicano y un brasileño parecen más.

—Sí, el marido era argentino, ¿ya te lo había dicho?

—¿Era? ¿Por qué, ya no vive?

—Sí, vive.

—Sabés, Luci, no me puedo acostumbrar a decir que Emilsen era esto o aquello. Que no esté más.

—Pero está presente en tu recuerdo, y en el de todos los que la quisieron.

—A mí no me arreglás con eso. Claro que en mi recuerdo va a estar siempre presente, ¿pero qué gano con eso? Lo que quiero es hablar con ella, comentarle alguna cosa, ¡pero no puedo! La extraño, y no está presente nada.

—Nidia, no puede ser de otro modo, tiene que doler, ¿cómo no va a doler que te falte una hija?, y tan compañera tuya siempre.

—Yo querría irme acostumbrando a la idea, de que no va a estar más. Y hacerle caso a la recomendación que me hizo, porque ella desde que cayó enferma, cuando tenía una recaída y me veía preocupada me miraba fijo en los ojos y me decía... «Vos cuidate.»

—Yo el recuerdo que tengo de ella es de todavía sana. Con esta distancia de Río a Buenos Aires hubo tantas cosas que no pude vivir de cerca.

—Mejor que no la hayas visto enferma, aun-

que ella nunca se quejaba. Pero estaba tan desmejorada.

—Qué chica, qué entereza.

—Luci, yo te mentiría si te dijese que alguna vez me dejó entrever que ella sabía lo que le estaba pasando. Nunca una queja delante mío, nada.

—Ella lo que quería era que cuidases tu salud.

—Yo no quería venir ahora a Río, no me daban las fuerzas, pero me acordé de lo que me decía ella, que me cuidara, y por eso vine.

—Mirá, Nidia, esto te tiene que hacer bien. La playa, el fresco a la noche para dormir bien, la otra vez que viniste te bajó la presión y esta vez te va a pasar lo mismo, vas a ver.

—Pero la otra vez tenía setenta y ocho años, ahora tengo ochenta y dos.

—Ay, por favor no pronuncies esos números, que me parece un chiste.

—De chiste no tiene nada...

—Nidia, vamos a hacer una dieta más firme y la presión te va a bajar. Si perdés un poco de peso vas a estar mejor.

—No amases más, yo no me le resisto a esos tallarines amasados.

—A la de al lado le gustaron tanto, aunque ella es de familia española, cocinan más con arroz.

—¿Ella por qué se vino a Río?

—Se fue de la Argentina en la época de Isabelita y la Triple A, que vino esa campaña de que todos los psicoanalistas eran de izquierda. Aun-

que ella no es psicoanalista, el título es de psicóloga.

—Esa cosa nunca la entendí, esos diplomas antes no había.

—Cuando yo estudié no existía esa carrera, si no yo la hubiese seguido. Había que hacer toda Medicina, y después la especialidad en Psiquiatría.

—Sí, eso me acuerdo, Luci.

—Bueno, y después crearon la carrera de Psicología, que no te obliga a estudiar Medicina, y de ahí salen todas estas charlatanas, que me perdone pobre Silvia, conmigo no ha tenido más que amabilidades.

—Y a las psicoanalistas te las dejaste en el tintero.

—Mirá, el título es de psicóloga, claro que como psiquiatra sonaba un poco antiguo, los que sí siguieron Medicina empezaron a hacerse decir psicoanalistas, según esta Silvia misma. Algo así.

—A ver si entendí. Los psiquiatras son los que estudiaron Medicina primero, y los psicólogos no estudiaron nada. Y los psicoanalistas son los que por hache o por be quieren ponerse ese nombre.

—Más o menos.

—¿Viste que algo entiendo? Aunque no lo explicás nada bien... Lo que sí me empieza a fallar es la memoria, pero si algo me lo explican todavía lo entiendo.

—Es que tenés tan buen oído. Yo si hablan más de dos o tres juntos ya no entiendo.

—Hacés mal en enojarte con tu hijo, cuando te corrige por eso, Luci.

—¿Por qué?

—Cuando contestás al tuntún, sin estar segura si escuchaste bien o no, un poco a la buena de Dios, adivinando.

—Mirá, Nidia, cuando los hijos se vuelven padres me parece muy mal.

—Pobre chico, todavía que se preocupa en corregirte.

—Mirá, Nidia, yo no voy a estar midiéndome en lo que digo a uno o a otro, digo lo que me sale y basta.

—Bueno, no te enojés, contame de la de al lado, ¿por qué se fue de la Argentina?

—Ya te dije, por amenazas de las tres A, ¿te acordás?, la Triple A.

—Cómo no me voy a acordar...

—No, como decís que no tenés memoria. ¿Ves que a vos tampoco te gusta que te anden corrigiendo? Bueno, ella se fue porque la llamaron una noche diciéndole que tenía veinticuatro horas para salir del país, si no la mataban.

—Emilsen tenía una amiga que se tuvo que ir. Pero ésa era profesora de la Facultad.

—Media Argentina se tuvo que ir. Bueno, ella dejó al hijo con el exmarido, que ya estaban separados, y cuando se terminó el año escolar lo mandó a buscar. Y se quedó con ella en México, el chico. Al chico le gustó mucho México, y siempre le ha dicho que quiere vivir allá.

—Yo nunca fui. Íbamos a ir con la pobre Blanquita, pero la vida no le dio tiempo, pobre alma de Dios.

—Nidia, ¿viste que una no habla más que de muertos? Qué tristeza es esta edad.

—No te quejes, Luci, por favor, no te quejes.

—Tenés razón. Bueno, allá fue que conoció a ese hombre del que se enamoró tanto, y después se tuvo que venir para acá, porque la altura de México le hacía mal. Y hace unos cuantos años que está acá.

—¿Y el tipo que la quería tanto no se vino con ella? ¿Por qué?

—No, era ella la que lo quería tanto, parece que él al principio la quiso, pero después no.

—Por eso le empezó a hacer mal la altura. No necesito ser psicóloga para darme cuenta. Yo cuando veía que Emilsen mejoraba, me mejoraba yo de la presión, es la tristeza la que trae todos los males. Pero seguí, que quiero saber.

—Bueno, ella hace pocos meses conoció a este otro hombre en esa clínica, y la impresionó porque se parecía al de México. Pero nunca pensó que lo volvería a ver, a este de acá. Hasta que un día ella va al consulado argentino a renovar unos papeles y lo ve. Y ella lo saludó en castellano y él se rio, porque no es argentino. Te explico, lo que pasa es que en esa clínica antes había un médico profesor argentino muy famoso y fue llevando mucha clientela de nosotros para allá. De la colonia argentina. Pero era un hombre de mucha edad, y

como te podrás imaginar, ya se murió. La cuestión es que ahí en el consulado ella lo vio a éste, y le preguntó cómo estaba la mujer, en castellano, pensando que era argentino. Porque nunca habían hablado antes. Y también la esposa había resultado brasileña.

—¿Y él qué hacía en el consulado?

—Un trámite para un cliente. Puro destino. Según ella este hombre es muy buen mozo, para el gusto de ella. A mí me mostró la foto y no me gustó nada, muy pelado y bastante gordo. Ella dice que para ella siempre fue su tipo de hombre, un aspecto así, de hombre de su casa, no muy acicalado, y que a ella dice que no le importa nada que tenga un poco de barriga.

—¿Y en qué se parecía al otro?

—No te me adelantes. Eso a ella le costó mucho darse cuenta. Tardó un buen tiempo.

—¿Pero en qué se parecía?

—En la mirada. La misma mirada. Unos ojos negros un poco de chico, un poco huidizos, que no miraban mucho de frente.

—Ésa es mirada de persona que no dice la verdad.

—No, no. Ella dice que era mirada de persona que necesita un amparo, como de un chico que perdió la madre. Y yo se lo dije: solamente los chicos, sobre todo los varones, tienen esa cosa en los ojos, cuando chicos, hasta los doce o trece años, después la pierden, y es entonces que ya no vienen

más esas ganas de abrazarlos fuerte, de estrujarlos casi, de tan tiernitos que son, o que eran.

—Las nenas son distintas, tenés razón. O no sé si será que Emilsen siempre pareció una persona mayor. Lo único que no quería, lo que a mí más rabia me daba, es que no aguantase sentada quieta en el cine. Le venían ganas de ir al baño, cualquier cosa con tal de no dejarme ver la película. Pero eso era lo único. Nunca dio trabajo en nada.

—Y en cambio mis hijos que eran una peste se quedaban quietos en el cine.

—Seguí. Según ella ahí le preguntó cómo estaba la esposa.

—Sí, Nidia. Él le dijo que ya había muerto, y empezaron a hablar de la enfermedad, y de las otras personas que estaban internadas, porque ella también había estado unas dos semanas, y antes había estado otro tiempo más, había estado entrando y saliendo, y conocía los casos del piso entero, porque esa clínica antes había sido una casa de familia de tres pisos, nada más. Y él le empezó a contar, y se quedaron hablando. Dice que él no la miraba mucho en los ojos, miraba mucho para los lados, y ella empezó a hacer lo mismo, porque eso la ponía nerviosa. Y le hacía acordar del otro, aunque todavía no se había dado cuenta de eso, seguía como una tonta preguntándose por qué siempre, desde el principio, ese hombre le había llamado la atención. Ella en el sanatorio había pensado muchas veces que ese hombre del pasillo tenía algo raro, algo que le gus-

taba, pero no llegaba a darse cuenta. Y ahí en el consulado él miraba a la gente que iba y venía con esos papeles, en vez de mirarla a ella, mientras conversaban, y ella dejó de mirarlo a su vez, mientras conversaban, y ahí fue que sintió la mirada de él. Él se estaba animando a dejarle la vista encima, ahora que ella le hablaba mirando para otro lado. Ella empezó a sentir la mirada de él, que le recorría a ella la cara, el pelo, la boca, las manos, el escote. Y cuando ella se decidió a mirarlo de nuevo en los ojos él de nuevo empezó a mirar para otro lado. Y ahí ella aprovechó para observarle detalles, y vio que tenía la camisa puesta sin planchar. No de esas camisas que se lavan y se cuelgan y quedan casi perfectas, no, de esas que hay que planchar, y no estaba planchada. Y dice que ahí de golpe no se aguantó y se le soltaron las palabras solas de la boca a ella, le dijo que fueran a tomar un café abajo, en ese edificio nuevo del consulado, tan deslumbrante. Porque ella es una mujer muy medida, según ella, que lo malo de ella es justamente eso, ser demasiado medida.

—Es eso lo que no me gusta de ella, ahora me doy cuenta. Cada cosa la mastica mucho, dice las palabras justas y nada más.

—Sí, de espontánea no tiene nada. Yo se lo dije a mi hijo, y él me dice que la mujer argentina de ahora es así, más seca. Y que es porque las madres eran demasiado dicharacheras, y poco sinceras, que se hacían las simpáticas con todo el mundo.

—Que éramos falsas, querés decir.

—No falsas, pero un poco simpáticas profesionales, dice el Ñato. Y ésta es de la nueva ola.

—No, nueva ola se dice de las más chicas. Ésta es grande.

—Quiero decir de la nueva modalidad. Pero el tipo ese día la sacudió, algo le comunicó que ella empezó a decir cosas antes de pensarlas, como eso de ir a tomar algo. Y él le contestó que tenía poco dinero encima, y ella le dijo que lo invitaba, a tomar un refresco cualquiera, porque el café a ella la pone nerviosa, café toma nomás cuando tiene un paciente detrás del otro y se le cierran los ojos de sueño. Bueno, el tipo aceptó.

—Luci, vos sos caída de la pichonera, me parece.

—¿Por qué? ¿Te parece que ella no dice la verdad?

—A mí me parece. Es una mujer de hacerse programas. Lo que pasa es que no te quiere contar más que este asunto, pero debe tener uno así a cada rato.

—¿Por qué sos tan mal pensada?

—Tengo el convencimiento de que es así.

—No, Nidia, ella es muy franca en esas cosas. Siempre me está diciendo que el defecto de ella es ser muy anticuada, que no puede tener nada con un hombre si no está verdaderamente entusiasmada.

—Seguí.

—Pero si no vas a creer lo que cuenta, ¿para qué querés saber más?

—¿Y ya está curada del todo?

—Ella dice que sí.

—Tiene buena cara, por lo menos eso debe ser cierto.

—Según ella estaba segura de que no se salvaba, se había sentido tan mal que estaba segura de que no había cura. Por eso cuando el médico le dio de alta le vino como una locura, una euforia, unas ganas de vivir como nunca había sentido antes. Y fue ahí que de vuelta en su departamento se puso a pensar en aquel hombre del sanatorio, y en por qué la había impresionado tanto. Dice que en esos momentos ella lo único que pedía era ser una gran dibujante y poder hacer un croquis de memoria de él, para estudiarlo y poderse dar cuenta de por qué la había impresionado tanto.

—Decime cómo era la foto.

—No es un galán de cine. Es pelado, muy robusto, hombros muy anchos. Un poco gordo, o creo que no, gordo fofo no, muy robusto sí. Un poco de barriga. Pero por lo que ella me había contado yo me había hecho otra idea. Me lo había imaginado más alto, robusto sí pero nada gordo. Según ella todo está en la mirada y en la voz.

—Luci, tenías razón, ya está empezando a llover.

—La mirada de persona muy sensible, que se impresiona fácilmente por las cosas, o que se lo puede impresionar, sí, ésa es la palabra, o hasta herir. Y la voz, porque según ella es muy grave, y con una linda sonoridad, como cuando se habla en

una iglesia. Y eso no es todo, porque allá en el fondo se le nota como un temblor.

—Entonces en el sanatorio ella ya había hablado con él. Estando enferma no perdía las mañanas.

—No. Ahí está la cuestión que ella siempre repite. A ella le gustó así de lejos, por alguna razón especial, porque no es un hombre que nadie se dé vuelta a mirar dos veces. Y ya fuera del sanatorio se quedó pensando en él, pero como en una cosa perdida para siempre. Pero te estoy explicando mal. En lo que se quedó pensando fue en por qué ese tipo le había gustado y no podía dejar de acordarse de él. Todavía no se había dado cuenta de que se parecía al otro. Pero al reencontrarlo por casualidad en el consulado ahí sí, empezó a vislumbrar algo. Era como si le hubiesen dado un lápiz y ella lo estuviese dibujando, al otro, al de México, que quiso tanto, dibujándolo como lo haría el dibujante más ducho, y le iba saliendo igual, con esa mirada exacta de criatura tierna, pero sin los defectos de aquel del pasado, que era un rubiecito y flacucho cualquiera. Éste no, era alguien que no se iba a tumbar muy fácil, por más que soplase el peor viento, el viento de las desgracias, y la tristeza.